

llagas que quedaron en mis espaldas” Fieles, si á un San Gerónimo, habiendo dejado el mundo, habiéndose metido en una soledad, ayunando los dias, velando y llorando sus culpas las noches, solo porque disgustaba de las Divinas Escrituras por leer á Cicerón, le niegan el nombre de Cristiano, y con azotes tan terribles le castigan: ¿qué esperas tú, y que espero yo con tantas culpas? ¿Qué hemos de responder cuando al arrancársenos el alma nos hallemos en aquel tremendo Tribunal? Hombre, ¿eres Cristiano? ¿Eres Cristiana, muger? Allá pensad esta pregunta. ¡Oh, y lo seamos en las costumbres, como lo somos en la dignidad! ¡Oh, y lo seamos en la vida, como lo somos en la Fé! ¡Oh, y lo seamos en los buenos ejemplos, como lo somos en la profesion! No nos avergoncemos de parecerlo, pues de serlo con tanta razon nos preciamos. Démosle la gloria á Dios con ser y parecer Cristianos; pues Dios con ser Cristianos nos dá la gracia, para que podamos conseguir la gloria.

PLATICA V.

DEL CAMINO QUE NOS ENSEÑO LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ.

Mayo, 4 dia de la Ascension del Señor, año de 1690.

Nos cayó la Cruz en su dia; quiero decir, la explicacion de la señal de la Santa Cruz, que es la que nos sigue hoy á explicar en el dia de la As-

cencion gloriosa de nuestro Redentor, que celebramos.—¿Pues qué el dia de la Ascencion, que todo es de regocijos y de glorias, es el dia propio de la Cruz, que todo fué amarguras y penas?—Digo que sí; y antes de satisfacer á esto que me proponen, quiero responder á lo que me callan, que en la explicacion de la Doctrina es menester adivinarle á cada uno los pensamientos. Yá, pues más de dos estatarán contra mí pensando que no es esto lo que se sigue á explicar, porque habiendo explicado quién es Cristiano, y las obligaciones del Cristiano, la pregunta que luego se sigue en el Catecismo es: *¿Quién es Cristo?* Luego esto es lo que hoy se debiera explicar.—Respondo que esta pregunta con las otras cuatro ó cinco que se le siguen, pertenecen al Soberano Misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Y teniendo este Misterio su principalísimo lugar en el Credo, déjenme ahora en depósito esas preguntas, que como buen pagador, sin que sea menester que me ejecuten, pagaré á su tiempo; y no será muy dilatado el plazo, pues digo que pagaré dentro de un Credo. Y ahora muy á atempo prosigue preguntándonos así el Catecismo: *¿Cuál es la insignia y señal del Cristiano?* Y responde: *La Santa Cruz.* ¿La santa Cruz es nuestra señal? ¿Pues quién nos la dió? ¿quién nos la puso? ¿quién hizo esa señal nuestra?—¿Saben quién? El mismo Jesucristo, y no en otra ocasion, dicen gravísimos Doctores, sino en el dia de su Ascencion gloriosa á los Cielos. Miren si dije bien que el dia de la Ascencion era el dia propio de la señal de la Cruz. Juntos, pues, tal dia, como hoy, con María Santísima los Apóstoles y Discípulos, y aquellas devotas y santas mugeres, en el Monte Olivete, á donde nuestro Re-

dentor los habia conducido para despedirse ya de la tierra, y para que el dolor de su ausencia se les mitigara al ver las glorias de su triunfo: llegó al punto, y cercándolo por todas partes aquel pequeño Cristianismo, encontrándoseles en los ojos con los deseos de seguirlo, las lágrimas de quedarse. Por último favor, que es el que suele quedar más impreso, les dió á todos su bendicion, dice San Lucas, y con magestad gloriosa, elevándose á los aires entre motetes festivos de los Serafines, fué penetrando las esferas: *Benedixit, et eis, ferebatur in Cœlum.* (*Luc. c. 24* Vid. *Cor. hic ubi cit.* Suar: et. alios.) Esta bendicion, pues, que el Señor dió á sus Cristianos por última despedida, fué dejarles en la señal de la Cruz vinculadas todas las felicidades. Dió el Señor esta bendicion, dicen unos, cruzando los dos brazos como allá Jacob bendijo á sus nietos: otros dicen que fué formando con su santísima mano la Cruz en el aire; y de una ú otra manera fué enseñándonos á formar sobre nosotros la señal de la Cruz, dicen todos; pero todos callan donde habla San Gerónimo. Habia prometido Dios por Isaías, que en la Ley Evangélica habia de poner á sus Cristianos una señal: *Et ponam in eis signum;* y dice aquí el Padre de las Escrituras: *Hoc signum nobis ad Patrem ascendens Dominus dereliquit, sive in nostris frontibus posuit, ut liberé diceremus: Signatum est super nos tumen vultus tui, Domine.* (*Isaías. c. 66. ibi S. Hier.*) Esta señal nos la dejó el Señor en el día que subió á su Padre; entonces nos la puso en nuestras frentes, para que podamos decir: Están, Señor, señalados sobre nosotros los rayos de tan divino rostro. De modo, que el día de la Ascension fué cuando nuestro Señor nos enseñó á persignarnos. En este día

fué cuando nos dejó, nos imprimió y nos enseñó que nuestra señal es la señal de la Santa Cruz. No tiene menos peso, ni menos gravedad esta Soberana tradicion, y de aquí la aprendieron los Apóstoles para enseñarla despues á toda la Iglesia, como dice San Basilio. (*Lib. de Spir. S. cap. 27.*)

Cierto es, que despues de haber resucitado el Señor, en aquellos cuarenta dias que estuvo apareciéndose á sus Apóstoles, les enseñó cosas altísimas acerca de la administracion y el uso de los Sacramentos, del gobierno, de la Gerarquía de la Iglesia, y otras muchas que despues á nosotros nos fueron enseñando los Apóstoles, y son las que tiene y venera la Iglesia por tradiciones Apostólicas. —¿Por qué de todos aquellos cuarenta dias, reservó el Señor para lo último, ya en el punto mismo de partir al Cielo, el enseñarnos la señal de la Cruz? ¿No podía haberlo enseñado antes? ¿Por qué lo dejó para el punto mismo de su partida?—¿Saben por qué? Porque como la Cruz era la señal que nos dejaba para que podamos seguirle al Cielo, esa señal nos quedase fresca, para que así por ella saquemos el rastro por donde vá el camino que hemos de seguir, si queremos subir con Cristo al Cielo.

Esta es, pues, la primera significacion porqué se llama la Cruz señal del Cristiano. Esta palabra *Señal*, en nuestra lengua significa no pocas veces el rastro, la huella que uno va dejando de sus pasos. Y así, la Cruz es la señal por donde ha de seguir el Cristiano para seguir los pasos de Cristo. Por eso hoy nos la deja por señal. Cuando uno se ha ido, y no sabemos adónde vá, ni por dónde, ¿qué remedio para seguirlo? ¿Qué? Buscar la señal que vá dejando en la tierra: seguir el rastro de-

cís, y observar por donde van las huellas; y así venimos á dar con él. Padre, ya veo que me direis, ese ejemplo era muy bueno si el camino de Cristo fuera por la tierra; pero si es un camino tan alto que no deja en el aire ni señal, ni rastro, ni huellas, ¿qué hemos de hacer? Aguardad, y vá otro ejemplo: Sucede entrar algunos por una altísima montaña, tan áspera de peñas y tan tupida de árboles, que no parece por toda ella senda ó camino; pero ni la menor seña de que haya jamás pisado por allí pié humano: ¿pues qué hacen los que así van entrando, para no perderse y para que otros puedan seguirlos? Van dejando á pocos trechos señales en los árboles: aquí al uno le arrancan la corteza, allí al otro le cortan las ramas; á aquel le dán cuatro ó seis heridas en el tronco; y así, aunque en la tierra ni parece senda, ni camino, ni huella, pero gobernándose por aquellas señas de los árboles, caminan otros en su seguimiento, sin perderse por lo empinado, fragoso y áspero de la montaña. Pues esta señal es la que nos deja hoy nuestro Redentor, para que le podamos seguir hasta el encumbrado Monte de la Gloria. Para ir allá, no hay en la tierra camino, no lo hay, porque está muy abatida la tierra, y está muy sublime la gloria. ¿Pues qué remedio? Seguir la señal de la Cruz: por allí van las huellas por donde subió nuestro Redentor. Y por eso, para que le sigamos, cuando sube glorioso nos deja la señal de la Cruz, y nos deja en la Cruz la señal de sus pasos.

Ea, no sea menos que San Agustín quien hoy os haga la Doctrina, ¡qué gran Doctrina será! Ea, pues: la Cruz, dice Agustino, es la Escalera por donde se sube al Cielo: por esa escala subió Cristo, y por eso en ella nos dejó la señal para que en

su seguimiento subamos: *Cruz est scala Cæli, per quam Christus hominem lapsum levavit ad Patrem.* (S. Aug. t. 9. Serm. 2. de Catechis.) Y no penseis que es esta una escala muy empinada, muy difícil, no: que no tiene mas que cuatro escalones.—¿Cuatro escalones? ¿Y solos esos bastan para llegar hasta el Cielo?—Sí: y no lo digo yo, sino San Agustín: *Non ergo laboriosa debet esse hæc scala, quatuor enim tantum gradus habet, quibus nos perducit ad cælum.* Cuatro escalones no mas. ¿Pues quién habrá que no suba al Cielo? Alto, pues, á subir: está la Cruz para que se tenga firme, clavado el mástil y metida la punta dentro de la tierra: allí está escondida; pues ese es el primer escalon, dice Agustino, la Fé, la Fé con la cual creyendo lo que no se ve hemos de subir á gozar los Misterios que allá en el Cielo se descubren para que en el Cielo podamos ver á Dios cara á cara. Acá en la tierra hemos de creer sus Soberanos Misterios, que ocultos y escondidos no se ven: *In profundo Crucis occultum est quod non vides, sed inde exurgit totum hoc quod vides, adsit fides Christiana, et tunc primum gradum ascendit.* Este es, pues, el primer escalon, dice Agustino, la Fé. Pues ese ya todos lo hemos subido, gracias á Dios. Aliento, pues, que ya no nos faltan mas que tres escalones para llegar al Cielo; nadie desmaye, que ya en lo largo de la Cruz nos está mostrando el señor con su cuerpo la señal del segundo escalon á que hemos de subir. Por eso decimos que es nuestra la señal de la Cruz, porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella. Ya, ¿pues cómo está allí aquel Cuerpo Virginal, aquel Cuerpo purísimo? ¡Oh, Dios! Entre las heridas desgarrada y afeada toda su hermosura; entre las

llagas borrados y oscurecidos los candores de su belleza, y entre rios de sangre, confusa toda la proporcion de sus partes. ¿Qué es esto? Es el segundo escalon, dice Agustino, á que hemos de subir mortificando nuestros apetitos, sujetando nuestras pasiones y haciendo con la penitencia y ayuno que el cuerpo esté suspenso y pendiente del espíritu, no sujeto el espíritu á la carne: *In longitudine Crucis corpus Crucifixi pependit: castiget quisque corpus suum pœnitentia, et jejuniis, ut ipsum sic suspendens servituti animæ subjiciat, et secundum gradum conscendit.* Este es, pues, el segundo escalon á que nos empeña la señal de la Cruz: la mortificacion, el ayuno y la penitencia. ¡Oh, cómo temo que ya retiren el pié muchos! Al Padre Pedro Fabro, varon insigne de nuestra Compañía, le pidió un gran caballero de Madrid que le diese algunas oraciones, ó algunos puntos que meditar; y respondióle el Padre: No es menester más sino que algunos ratos del dia pienses esto: ¿Cristo está en una Cruz en suma pobreza, y yo en tanta opulencia? ¿Cristo padeció hambre y sed, y yo entre tan regalados convites? ¿Cristo allí del todo desnudo, y yo tan costosamente vestido? ¿Cristo allí padeciendo tan terribles dolores, y yo metido entre tantas delicias?—¿Y no he de hacer mas que eso? replicó el caballero.—No mas; pero esto lo has de pensar con atencion y con viveza. Fuese, y á pocos dias, ofreciéndosele un convite, sentose á la mesa, y á poco rato vínole aquello á la memoria: ¿Cristo en la Cruz padeciendo hambre y sed, y yo gozando manjares tan exquisitos?—Pensamiento fué este, que haciéndole rebozar por los ojos las lágrimas; se levantó de la mesa, se salió del convite y se fué á una soledad, donde vivió y murió santa-

mente. (Engelgrav.) ¡Oh, qué bien subió éste el segundo escalon de la Cruz! Así lo subió tambien Santa Isabél Reina de Hungría, que entrando una vez en la Iglesia, vestida á todos brillos de Real pompa, vió un Santo Crucifijo, y suspensa al ver sus llagas, su sangre y sus heridas, dijo: ¡Oh, Señor! ¿Tú así atormentado y desnudo, y yo tan preciosamente adornada? Y arranca de su cabeza la Corona, arrójala á los piés del Crucifijo, esparce por el suelo las perlas y los diamantes, y vuelta á su Palacio jamás pudieron recabar que se vistiese seda. Esto es subir por la Cruz: mirad lo que decís, y si os hallais con fuerza. ¡Oh, si dierais algunos ratos á estos tan provechosos pensamientos! ¿Mi Dios desnudo en una Cruz y solo? ¿De sus llagas y sangre cubierto, y yo con tanta gala y tanta pompa? ¿Mi Redentor por mí atravezada su cabeza con setenta y dos espinas, y yo pensando solo en los gustos y en las vanidades? ¿Mi Jesus clavados sus piés contra un madero, y yo con tanta libertad buscando los paseos y los divertimientos? Esto no es subir por la Cruz. Luego esto no será subir al cielo. Luego el camino que llevo no es sino para parar en el infierno.

Pasemos al tercer escalon. Allí extendidas las manos de nuestro Redentor, y clavadas en los brazos de la Cruz, nos hacen señal, dice Agustino, que en las obras de caridad, clavadas cada uno las manos en las obligaciones de su estado, suba así la tercera grada para el Cielo. El casado y la casada, clavadas las manos para todo lo que no fuere atender y cuidar á las obligaciones de su casa y de su familia: la viuda al retiro y al recogimiento: la doncella á la honestidad y al recato: *In latitudine Crucis manus extensæ sunt Crucifixi: perseveret*

manus Christiani in operibus bonis, et sic tertium gradum ascendit. Cada uno en su estado, ajustándose en sus obras á guardar la Ley de Dios, sube así el tercer escalon para el Cielo.

Un novicio de cierta religion, refiere el Cartujano, se habia entibiado tanto, que todos los ejercicios de la religion le daban en rostro: llevaba muy á mal el vestido raído y pobre, la comida parca, la oracion frecuente; y trataba ya de volverse al siglo, cuando una noche se le apareció nuestro Redentor con una Cruz muy larga y pesada, sobre sus hombros, y que con ella queria subir por un lugar muy empinado; pero al peso de aquella Cruz acezando, casi no podia dar un paso con la fatiga. Viendo esto el Novicio, acude comedido: Señor, yo te ayudaré, que esa Cruz pesa mucho. El Señor entónces con un semblante muy severo: Quitá, quita, le dice, ¿pues tú tienes atrevimiento de querer cargar esta Cruz, cuando no tienes ánimo para llevar una Cruz tan suave como la que tienes en tu Monasterio? Dijo y desapareció, y dejó así al Novicio convertido. Cada uno aplíquelo á las obligaciones de su estado, y vea si á ellas acude como debe; que si á estas obligaciones se falta, es engaño la que parece devocion. Estarse todo el dia metida en la Iglesia, ó encerrada en el Oratorio, la muger casada y con familia, y que por su descuido los hijos anden perdidos, los criados se hagan ladrones; unos malcriados, otros mal doctrinados, y todos cometiendo ofensas á Dios, lo cual evitara la Señora si atendiera como debe á su casa, ¿se puede llamar devocion? Es ilusion, es error, es engaño.

Lleguemos ya al cuarto escalon que nos ha de meter en el Cielo. Allí se ve en lo más alto de la

Cruz la cabeza coronada de nuestro Redentor. Esa es señal, dice Agustino, de que, apartados del todo de la tierra, allí hemos de levantar con nuestros corazones todas nuestras esperanzas, desasidos de todo lo terreno: allí han de caminar todos nuestros deseos; allí han de parar todos nuestros cuidados; en el Cielo, en el Cielo. Por eso nos dicen en la misa: *Sursum corda*: levantad á lo alto los corazones: *In altitudine Crucis caput positum est Crucifixi: Sursum cor habeat Christianus, ut interrogatus quotidie respondeat, et quartum gradum, ascendit.* Este es, pues, el cuarto escalon que por la escala de la Cruz nos introduce ya en la Gloria. Levantad á lo alto los corazones: *Sursum corda*. ¿Y qué responde por nosotros el coro? *Habemus ad Dominum.* Ya tenemos levantados y asidos los corazones al Señor. Así lo decimos en latin: mas yo temo que esto sea mentira en romance. Y si no, cristiano, mientras así estás asistiendo á la misa, dime, ¿dónde tienes tu corazon? ¡Oh, no lo tengas como aquel rico, cuyo corazon halló San Antonio en los cofres! ¡Oh, no lo tengas donde tienes el amor! ¡Oh, no lo tengas donde tienes la condenacion! Y para que te alientes á levantarlo por la señal de la Cruz, hasta ponerlo en Dios, oye este ejemplo: Refiérela nuestro Adriano Lyrino (Barri t. 1. *Anna. Sacr. c. 8.*) Vivía en Roma un Sacerdote de tan ejemplares costumbres, que en la ajustada cruz de su vida mostraba bien el amor verdadero con que amaba á nuestro Dios crucificado. Llegósele la muerte, y por ser persona, no solo de santidad conocida, sino de alto puesto y nobleza, trataron de embalsamar su cadáver; y haciéndole este cruel obsequio, habiendo abierto el cuerpo los Cirujanos, no pudieron en todo el pe-

cho hallar el corazón.—¿Pues qué es esto? dicen. Sin corazón no podía este hombre vivir.—A la duda, á la admiración, juntáronse todos los de la casa; vuelven á reconocer y buscar, y ni rastro hallan del corazón. Suspensos estaban todos, cuando uno de los circunstantes, levantando los ojos á un Santo Crucifijo que allí estaba, repara que á sus piés estaba un corazón pendiente: suben, reconocen y hallan que el corazón de aquel dichoso Sacerdote era el que asido á la Cruz, mostraba bien con lo que allí había subido, cuánto mas alto había volado su espíritu á la Gloria. ¡Milagro, milagro! esclamaron todos llenos de regocijo, y llenose toda Roma á las alegres voces de la admiración. ¡Oh, corazón dichosamente señalado con la Cruz! Infinitamente dichoso Sacerdote, que en este hondo valle de lágrimas, con las amorosas ansias de su corazón, dispuso por la Cruz la subida para aquel eterno Valle de felicidades inmensas: *Ascensiones in corde suo disposuit in Valle lachrymarum.*

Almas, ya que en este valle de lágrimas y miserable destierro, estamos presos en la carcería de nuestros cuerpos; ya que no podemos volar á aquella Patria Celestial, en compañía de nuestro Dios; siquiera con los deseos y con las ansias, vuelen allá nuestros afectos. Y si la señal de la Cruz nos la deja hoy nuestro Redentor para enseñarnos la sabiduría, aliento, Cristianos míos, y subamos por su Cruz á la Gloria.

PLATICA VI.

POR LO QUE LA SANTA CRUZ NO SOLO ES SEÑAL PARA LOS CRISTIANOS, SINO TAMBIEN INSIGNIA.

Mayo 11 de 1690.

Continuar la explicacion de los Soberanos Misterios, que se encierran en la señal de la Santa Cruz, á un auditorio tan piadoso como católico, es darle con la dilacion, no solo mas tiempo al gusto, sino procurarle mas logro al provecho. Palabras son estas de San Agustin, que en las señales que nos muestra la Señal de la Santa Cruz, me dilatarán: *De Cruce Domine, (dice Agustino) et ejus Misterio diutius loqui, et dulce est, et salubre. (August. Serm. 101. de Temp.)* Porque, qué cosa ni se puede pensar mas suave, ni se puede decir mas dulce, que los Misterios que en la Santísima Cruz se ocultan? Pues por ella no solo nos libramos del infierno, sino que tambien nos sublimamos y subimos hasta el cielo: *Quid enim dulcius, quid suavius, vel cogitari, vel dici potest, quam Sanctæ Crucis Misterium, per quam non solum ab inferis revocari, sed etiam in Cælos elevari meruimus.*—Pues, Padre, prosigamos en buena hora, que á mi tambien desde la Doctrina pasada se me